

Ruido en la ciudad

Hace poco leí en una revista de historia ambiental un ensayo sobre la historia del ruido. Me gustaría saber si algo parecido se ha intentado en Xalapa. Seguramente hubo un tiempo en que esta ciudad cultivó un amor por el silencio y lo cuidó para no perturbar a aquellas actividades que más exigen de serenidad: el sueño de los niños, el reposo de los ancianos, el trabajo de los artistas, la recuperación de los enfermos, el trabajo intelectual de sus investigadores y estudiantes. No puedo imaginar sus hermosos parques sin el murmullo apacible de sus aves y sus fuentes.

Ahora parece que ese tiempo se ha ido, quién sabe si para siempre. Solo basta darse cuenta (porque quizás algunos no notan tan cotidiana agresión) del modo en que los camiones vendedores de tanques de gas se anuncian: una cancioncita a gran volumen se desplaza por las calles, desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Para diferenciarse, las dos o tres empresas que venden gas han escogido temas que ellas estiman divertidos, pegajosos o quizás simpáticos, solo con el fin de quebrantar la paz de los hogares (y claro, vender su mercancía).

Igual ocurre con las tortillas. Una persona en moto toca el claxon de modo intermitente,

toda la mañana, recorriendo calle tras calle, para avisar que ahí están las tortillas.

He visto en algunas ciudades que también los taxis persiguen a los peatones, llamando su atención, tocando el claxon. Uno no puede caminar con tranquilidad por las banquetas porque de modo insistente los taxistas interrumpen cualquier conversación o el silencio del viandante: se trata de llamar la atención de todos los que circulan por la calle, pues parece increíble que habiendo tanto taxi la gente camine. Hay un acoso permanente. Para uno que ignora esta costumbre, el claxon es en todo caso un aviso de peligro y puede sentirse en riesgo. Pero no: se trata de despertar al peatón de su sueño.

De una manera o de otra, los comerciantes se han armado con el ruido para obligar a sus clientes a atenderlos. Las personas parecemos obligadas a escuchar sus ruidosas publicidades, pues hasta ahora no se ve que nadie se los impida.

Sin embargo, existe un reglamento que establece límites para la emisión de ruidos y el uso de altos decibeles. Hay letreros conminando a los camioneros a cerrar sus escapes en las zonas de hospitales, o se sabe que no debe haber antros en áreas residenciales.

Pero parece que el feliz reglamento duerme el sueño de los justos, encerrado en un cajón: afortunadamente carece de tímpanos. Pero quizás ya haya llegado el momento de hacer algo.

Es intolerable que la más íntima privacidad, el hogar, el salón de clases, la sala de operaciones de un médico, se vean agredidos por estos contaminantes. ¿Quién puede poner un alto a las empresas de gas? No se trata de impedir sus ventas, pero estoy seguro de que existen otros modos de anunciar sus servicios. No es necesario que paseen toda la mañana e incluso a altas horas de la noche, ofreciendo sus tanques de gas, rompiendo el silencio con sus cancioncitas, que de tanto repetirse se oyen ya cascadas e incomprensibles, pues hasta las bocinas se cansan de emitir ruido. Igual ocurre con las tortillas. Van los vendedores en sus motocicletas, calle por calle, tocando el claxon, acosando a las cocineras para que salgan a comprar sus productos.

El silencio, han de saber ustedes, es un bien común. Como el aire, como el mar, como tantas cosas accesibles a todos, el silencio es un patrimonio que es preciso cuidar. No podemos dejar que abusen de él, sólo por el afán de hacer negocios (HR). ■